

EL SIGNO ESCRITO COMO SOPORTE DE LA MODERNIDAD: JUAN LUIS VIVES

Juan José PRIOR GARCÍA
Universidad de Murcia.

1.–De toda la obra de Juan Luis Vives, siempre me ha cautivado por su enorme fuerza un pasaje aparentemente impropio de un humanista como él: “Si hubieran llegado a nuestros tiempos todas las obras publicadas por todos los filósofos, historiadores, oradores, poetas, médicos y teólogos de la antigüedad, en nuestras casas no quedaría hueco alguno sino para libros; nos sentaríamos sobre libros, caminaríamos por encima de libros y a los ojos no nos vendrían sino libros”. La cita se encuentra en su monumental tratado *De disciplinis*, la obra con la que Vives construye todo un proyecto de reforma general de la organización, la enseñanza y los contenidos del saber, llamado a poner fin a la decadencia de los “siglos oscuros”. En esa tarea enciclopédica Vives, como otros humanistas, centra primariamente su interés en las ciencias del discurso y en los problemas del lenguaje, particularmente el lenguaje escrito, en tanto que depósito de todo el conocimiento. Los capítulos iniciales del tratado, dedicados a examinar las causas de la corrupción de todas las disciplinas en general, representan un capítulo apasionante de reflexión sobre esa condición del lenguaje. Ahí es donde las citadas palabras de Vives encuentran todo su sentido, en el momento en que la cuestión de la modernidad se plantea en tanto que recuperación de una tradición escrita; en la medida en que el humanismo es una cierta manera de enfrentarse con el volumen total de libros que esa tradición supone.

2.– La cultura humanista parte de un principio básico: la Antigüedad como autoridad, como fuente de todo conocimiento. La renovación cultural pasa por una adecuada asimilación previa del saber antiguo. Sólo así puede verificarse la idea de progreso. Ahora bien, esto obliga a tomar una primera determinación importante, una elección de enorme trascendencia epistemológica que Vives realiza en el primer capítulo de su obra y que podemos centrar en torno a esta idea: el cuerpo olvida, el espíritu recuerda. El hombre accede a su condición divina, a su condición de ser que supera la mera corporalidad, en la medida en

que el espíritu, dice Vives, “recuerda lo que fue y lo aplica a la utilización de lo que vendrá” (344b).

Resulta evidente la posición central que, desde esta perspectiva, ocupa la memoria. No hay conocimiento sin memoria. Pero ¿en qué consiste exactamente ésta? A despecho de cualquier mnemotecnia visual, oral o imaginativa, Vives nos dice que memoria es escritura, y por esta vía toma explícitamente partido en el debate clásico que enfrentó la cultura oral a la escrita: “la memoria es el gran archivo de los sucesos pretéritos. Y siendo en la mayor parte de los hombres floja y flaca, pareció bien ayudarla con la reminiscencia a fin de que, como con determinadas señales, volviera al recuerdo de aquello en cuya búsqueda andaba. Estas señales fueron las letras” (344b).

En el progreso humano, Vives señala como gran avance el paso de los jeroglíficos de etíopes y egipcios al uso del alfabeto: “cosa es de gran admiración, fuere quien fuere quien halló tamaño invento, que en veinte y cuatro pequeñas cifras, poco más o menos, pudiera encerrar tanta variedad de voces humanas y de sonidos” (344b).

Frente a los intentos por desarrollar culturas de base oral, como las propuestas desde la doctrina pitagórica o platónica, Vives rechaza esta tradición porque la experiencia demuestra que todo saber no escrito acaba siendo saber perdido y, por lo tanto, no saber; “en hecho de verdad, los signos gráficos son necesarios para eternizar la memoria. Esa tradición auricular y como entregada a mano merece, por deficiente e infiel, una muy flaca confianza” (345a). En cambio en la escritura “las artes todas, así las que impone la necesidad como las que inspira la sabiduría, los claros hechos, toda la memoria de la antigüedad, están recónditos como en un tesoro o como en un museo, porque no se olviden del todo nunca” (345b). Así pues, Vives abre su libro presentándonos el más maravilloso instrumento de que se ha dotado el hombre para su propio progreso: la letra, la letra escrita, su capacidad para ser depósito y vehículo de información.

3.— El progreso del conocimiento moderno debe, pues, basarse en una correcta memoria de la Antigüedad. Esto significa, por una parte, plantearse las vías adecuadas de acceso a dicho tesoro escrito de saber, justamente las que con la corrupción de las ciencias del discurso se han perdido. Esto es tanto (y la empresa humanista, encabezada por hombres como Agrícola o Valla, estaba justamente en ello) como elevar los problemas de interpretación y de asimilación del signo escrito al rango de problema científico, dotando a la filología de la clave de acceso a todas las disciplinas.

Pero por otra parte, de nada serviría esa asimilación si no se consiguiese una adecuada transmisión y difusión de dicho tesoro, de forma que pasemos de los términos de interpretación y de comentario a los de paráfrasis, traducción y producción de discurso, y en última instancia, a la definición del lenguaje científico propio de la modernidad.

3.1.— Toda la decadencia cultural, el momento de crisis con respecto al cual esta modernidad cobra conciencia de sí misma, se puede definir en términos de transmisión y de interpretación de textos escritos. Si bien Vives plantea el problema también desde una perspectiva moral, achacando los males de la educación universitaria a la falta de interés por el saber en sí mismo, así como a la ausencia de espíritu crítico, centra básicamente su atención en ese proceso por el cual, desde la Antigüedad hasta su propia época, se ha producido el paso desde una situación inicial de perfecta inteligibilidad de los signos escritos, a signos incomprensibles o difícilmente comprensibles, que acaban siendo signos mal interpretados y finalmente mal transmitidos (en tanto que mal reescritos).

Y así, nos dice: “Es de saber que hemos perdido casi radicalmente todos los nombres originales de aquellas cosas cuyas denominaciones cambiaron: nombres de hierbas, de plantas, de animales, de ciudades, de reinos, de ríos, de montañas; nombramos hierbas por piedras, ciudades por ríos, hombres por naves; olvidáronse, como no podía menos de ser por su afinidad inevitable, frases y modismos, historia, costumbres de pueblos y de gentes y toda la noticia de la antigüedad” (387a).

Pero no es sólo la pérdida del horizonte cultural de referencia, el cambio semántico o, aún mucho más importante, la conciencia explícita de esa pérdida y ese cambio. No basta con pensar que se trata de un mero desconocimiento de los elementos *de realia*. Se trata de una condición inherente al lenguaje mismo, una dificultad insalvable de esa maravilla que parecía ofrecernos el alfabeto: “Los que vivieron en la proximidad de los inventores o de cualesquiera escritores, entienden mejor lo que ellos dicen, bien sea porque la contemporaneidad comprende mejor el asunto, las palabras, el estilo, las figuras, las alusiones, los proverbios, los aforismos, ora sea porque casi cada época tiene su peculiar manera de concebir y de explicar, común a todos los que en aquella época viven” (363b). Es en esta medida en la que el ideal formativo humanista exige, como factor de corrección, como ejecutor de la ingente tarea de recuperación de los significados perdidos o modificados, la erudición. Ella es la vía para llegar a ser capaces de superar la distancia de siglos, de cultura, de mentalidad y de lengua, y, al mismo tiempo, transcribir los resultados de ese esfuerzo en la peculiar “manera de concebir y de explicar” del propio siglo XVI. Esto explica que la TRADUCCIÓN y la IMITACIÓN ocupen un lugar central en toda la elaboración teórica del humanismo renacentista. Por encima de la misma mutabilidad de los signos, se pretendía salvaguardar y transmitir un contenido siempre el mismo.

3.2.— La erudición planteada en estos términos, desde una perspectiva filológica y explícitamente enciclopedista, supone recuperar en cierta medida un ideal educativo ya desarrollado por la retórica clásica, que tiene su base en la doctrina platónica de la correspondencia de todas las artes: “todas las disciplinas como las virtudes tienen cierta correlación y nexo mutuo que no está saca-

do ni de un solo autor ni de un solo pasaje. Atestíguenlo Platón, Cicerón, Fabio, Vitruvio y muchos otros. De ahí nació aquel que Cicerón llama *Concierto y consentimiento de todas las doctrinas* y Quintiliano *Círculo de disciplinas*. La cual con voz griega se denomina actualmente *Enciclopedia*" (388a).

Vives lo expone con enorme claridad, presentándonos, de paso, un documento precioso referido a la tipificación de las artes y ciencias en función de los signos que emplean, tipificación que dejaría a la matemática, la pintura y la música al margen de todas las demás artes: "Diga, verbigracia, el jurisconsulto: *Centesimis calendis dari utiliter stipulamur*. No entenderás tú lo que sea *usura centésima*; yo sí lo entenderé, ¿no retendré yo, mejor que tú, lo que quiso expresar el jurisconsulto? Si esa cuestión se trajera a colación, yo confesaría que el que estuviere mejor impuesto de las cosas entendería mejor de qué cosas se tratase. Pero, puesto que no se hace uso más que de palabras, es menester que penetre firmemente el significado y todo el alcance de las voces el que afirma entender perfectamente aquello de que se discute. Acaso esto no fuera tan necesario en la geometría, aritmética, música, pintura, por cuanto usan de determinadas cifras y signos convencionales que fijan ante los ojos la realidad presente; pero en las restantes disciplinas no se puede prescindir de entender las palabras." (360b).

Este saber erudito se desmarca por esta vía del camino diferente ensayado por la lógica nominalista, en el sentido de orientar las ciencias discursivas sobre sí mismas, con el fin de llegar a construir una nueva lengua científica rigurosa y exacta en tanto que adecuadamente distinta de la lengua común. Para Vives en cambio las ciencias discursivas recuperan su carácter instrumental, justamente por esa condición del texto escrito de servir de depósito para los conocimientos obtenidos en cada una de las disciplinas. Entendámoslo bien, no se trata de reducir la ciencia a filología: "las lenguas son los accesos obligados de todas las artes; pero accesos solamente, mas no las artes mismas; entradas son, que no moradas" (361a). El erudito es el que sabe manejar dicho código de acceso y por ello la erudición se convierte en clave esencial para cualquier hombre culto.

4.—Pero además de esto Vives está planteando que, para que esta erudición (digamos, de los "contenidos") sea posible, son necesarias unas determinadas condiciones de la escritura en sí misma, unas que giran en torno a la integridad y pureza de su transmisión, otras en torno a su mayor o menor claridad comunicativa. En realidad la erudición humanista nace justamente desde el momento en que se toma conciencia de la naturaleza de dichos problemas en su dimensión estrictamente formal y propiamente filológica.

4.1.— Así, por ejemplo, en el capítulo dedicado al uso de resúmenes o centones, se pone de manifiesto la escritura como ámbito en el que toda modificación, fragmentación o simplificación puede conducir a una interpretación falsa y por tanto a un contenido erróneo: "¿Cómo es posible penetrar el sentido de

los autores, destituido de sus naturales sustentáculos y apoyos, a saber: de sus antecedentes y de sus consiguientes? Pues unos y otros proyectan muy claras luces sobre lo que queda en medio, que hoy está desnudo y sin arrimo. ¿Por ventura no sucede a cada paso que el sentido, que de suyo es poco inteligible, se esclarece por el contraste de lo que antecede y de lo que sigue? Y éstos, contentándose con florecillas y sumarios y, como les llaman ellos, con preciosas margaritas, apresurándose al deseado fin, desdeñan como superfluo y ocioso todo aquello en que consiste la verdadera erudición” (386a-b).

Lo que esta pretensión tiene de puramente ideal bien puede medirse siquiera sea teniendo en cuenta lo pródigo en florestas, adagia etc., que fue el Renacimiento. Pero al menos nos permite entender a qué niveles de exigencia se planteaba la tarea lectora de los humanistas: “infinita es la muchedumbre de los que escriben; gigantesco, inmenso, el número de libros” (368a). Enorme la labor de erudición que todo ese caudal exige. Constantes las referencias de Vives a la vida de esfuerzo y sacrificio que la tarea, para resultar cualitativamente válida, reclama.

4.2.— Pero lo que verdaderamente multiplica, hasta hacerla casi desbordante, esa cantidad de obras y de esfuerzo, es su dificultad, su oscuridad, fenómeno profusamente analizado por Vives en lo que tiene también de alteración de la forma de la escritura.

Además de la generada por la evolución de los signos, por la pérdida/cambio de significado inherente al lenguaje, la dificultad de la escritura puede encontrarse en su origen mismo, en su primera codificación. Así en el estilo de aquellos autores que, como Aristotéles, manifiestan un lamentable propósito de ocultación deliberada del saber: “envidiáronnos los antiguos el beneficio de su formación y de su ciencia, al no comunicarnos sus hallazgos e invenciones en lenguaje paladino, sino envueltos en tantos velos y tapujos, que resultaba más fácil sacarlos de nuevo de la naturaleza que de sus mismos libros” (361a).

La oscuridad está igualmente en el recurso a una escritura que genera códigos particulares, ajenos a la lengua común, inmersos en figuraciones y símbolos que dificulten o reserven para una minoría iniciada, el acceso a contenidos trascendentales: “los antiguos, viendo que las voces indicadoras de las cosas, que eran de uso común, convenían muy poco con aquello que ellos, con más esmerada investigación de la Naturaleza, habían sacado, o bien ellos por sí y ante sí crearon su vocabulario propio o hablaron en el común empleando larguísimas y reconditísimas alusiones y metáforas” (364b).

Está también, y de forma muy particular manifiesta Vives su aversión por ellas, la oscuridad generada por sectas y escuelas que rompen la idea del saber único expresado en una lengua común a todos y que dotan intencionadamente a los signos de contenidos errados alejándolos de su significación primera; estos comentaristas han puesto en los escritos “las pecadoras manos, plagiándolos, sobándolos, trastornándolos: los estoicos, las obras de los peripatéticos;

los peripatéticos, las obras de Platón y de Pitágoras, y los epicúreos, las obras de los estoicos” (364a). Ya sea por sectarismo ya por mera incapacidad para entender los textos que comentaban, lo que estos autores han generado es una babel de confusiones y principios contradictorios; y sobre todo han multiplicado un mismo libro en otros muchos, han convertido un saber único en una pluralidad de contenidos que es simple ignorancia: “ya anda en boca del vulgo, no precisamente el inducto, el proverbio de que Aristóteles tiene la nariz de cera, a la que cada cual le da la forma que quiere” (393b).

Los signos polisémicos cierran la puerta, desaniman a los ilusionados intentos de hacerse con el verdadero saber. En este sentido el humanismo de Vives plantea la vuelta a las fuentes como una primera solución ante la enormidad del material y la falta de una guía segura: “Poco ha, un lector impertérrito se excusaba con la brevedad de la vida que no le daba tiempo de hojear los volúmenes de los Jerónimos, Agustinos, Ambrosios, Crisóstomos, y, con todo, él había recorrido de punta a punta las obras de no pocos de aquellos que habían escrito sumas o comentarios a las sentencias teológicas, para cuya lectura no bastaran tres vidas humanas por longevas que fuesen” (384a-b). La modernidad es leer las fuentes y no los comentarios, entender que una cultura se resuelve en unos cuantos, pocos libros y se afirma a sí misma en la medida en que desaparecen los demás.

4.3.—Además de otra serie de defectos, como los atribuibles a los copistas o a los errores de imprenta (defectos éstos de la transmisión textual que son de especial relevancia desde esta perspectiva del saber como escritura, pero que no dejan de ser propios del nivel de la lengua) están además aquellos que se refieren a una competencia discursiva, a la capacidad de leer adecuadamente desde una perspectiva contextual o genérica un texto. Así, el problema de las falsas atribuciones o de los títulos de las obras: “húbolos quienes, por granjear autoridad a un libro, pusieronle el nombre de un gran autor; otros, como saliesen muchas obras sin paternidad conocida, guiados por una livianísima conjetura, adscribíanla a ésta o a aquél. Otros, si desconocían el título, no tenían reparo en mudarlo y modificarlo a su capricho” (373b). Y aún más peligrosa y más difícil de corregir, la oscuridad generada por la falta de conocimiento de los géneros y la historia literaria: “Ignorantes de la cronología y la Historia, no consideran lo que en cada uno de los escritores más es de considerar: tiempo en que vivió, cuál fue su autoridad, cómo escribió, cuál fue su estilo, cuál su lenguaje, si está convencido de lo que dice, si introduce variedad de interlocutores y a cuál de ellos le hace manifestar su sentir, dónde lo manifiesta, cuándo, en qué círculo o entre quienes; si en serio o si en broma, pues todo eso se ha de aquilatar si se quiere sacar en claro su pensamiento” (374b, 375a). Estos intérpretes confunden la sucesión cronológica de las obras, carecen de capacidad para distinguir si una frase de un diálogo de Platón o de Cicerón es expresión propia del autor o sólo atribuible a uno de sus personajes, o conceden crédito y autoridad idénticos a autores de muy distinta valía.

La escritura alcanza además otros niveles de dificultad, frente a los que hay que estar prevenidos, en la medida en que se convierte en lenguaje alegórico. Las enormes conmociones religiosas del siglo tienen mucho que ver con simples cuestiones de exégesis como las que apunta Vives: “las parábolas de que el divino maestro echa mano para la más fácil y sugestiva expresión de sus pensamientos, éstos [los viciosos intérpretes] las toman como norma de vida” (375a). Las cuestiones relativas a la exégesis bíblica no son patrimonio de la época moderna, pero sí lo es la necesidad de establecer una tajante separación entre lo que podemos denominar lenguajes inspirados o divinos y lenguajes humanos o racionales, en la medida en que ambos operan de forma distinta en tanto que vehículos de saber. Esta separación puede ser extendida a la que se produce entre los dos grandes mundos escritos de la poesía y la prosa. La labor educadora ha dejado de corresponder a los poetas, la cultura retórica del humanismo es ante todo cultura de la prosa: “Yo conocí a quien en libros suyos afirmaba que la tierra era mayor que el sol y que de noche todo el cielo se oscurecía de la sombra de la tierra, según aquella magnífica imagen de Virgilio: *Arrebozando en su gran sombra la tierra y el cielo*. ¡Cuántos absurdos dogmas filosóficos tuvieron su origen en Homero, porque muchos antiguos le leían no como poeta genial, sino como filósofo doctísimo y gravísimo!” (354a).

La cuestión es enormemente compleja en la medida en que se reconoce al lenguaje poético una condición inspirada, una condición de vehículo enigmático de saber. No es, por tanto, una escritura desdeñable. El mismo Vives da muestras de ello citando a Virgilio como autoridad cuando narra el origen de las artes humanas, poniéndolo en relación nada menos que con un pasaje de la Biblia: “también Virgilio...como si por poética intuición hubiera tenido algún barrunto o viso de aquel dicho: *Execrable es la tierra por tu obra*, como otros muchos análogos inspirados por el sentimiento religioso, enseña [nótese el reconocimineto de capacidad de *docere*] que viéronse los hombres obligados a inclinarse sobre la tierra y no dar paz a la mano” (333b, 344a).

Caso muy distinto es el de la pura ficción. ¿Qué lugar tienen, en mitad de esta enorme tarea de lectura y escritura del saber, unos textos que no dicen nada cierto y que por tanto son no ya inútiles, sino incluso peligrosos, porque pueden incitar a tomar por verdades sus imaginadas mentiras? Fuera de consideraciones sobre el talante más o menos progresista de Vives, creo que es éste el marco adecuado para entender su aversión ante determinadas formas de la literatura.

5.— En el último extremo de toda esta reflexión se encuentran los propios contemporáneos de Vives, los autores que están llamados a generar los nuevos textos del mundo moderno. Si en ellos también se produce esta oscuridad, toda la inmensa cadena de degeneración del saber volvería a iniciarse. La oscuridad es el gran mal en la base y en el desarrollo del pensamiento. De ahí la necesidad de encontrar una escritura adecuada que dé cuenta de la complejidad de los

contenidos sin caer ella misma en la dificultad. Por esta vía llegamos al problema del estilo y de las relaciones entre *sapientia* y *eloquentia*.

Vistas así las cosas, la dialéctica y la retórica de Vives se plantean como el estudio, fundamentalmente del discurso escrito, destinado a generar una escritura clara y exacta, con una primera intención de *docere* que es prioritaria. Una escritura ordenada, fácil de asimilar, camino de lo que serán las ricas especulaciones renacentistas sobre el problema del método. Una escritura que opere como vehículo común de cultura, en la medida en que esté construída sobre la lengua de uso y no sobre un lenguaje críptico o minoritario.

Esta es la nueva lengua de la ciencia, y los estudios retóricos insistirán especialmente en detallar su funcionamiento en los géneros didácticos, que son los que recubren todas las disciplinas del saber humano, precisando cada uno de ellos, estableciendo el marco no sólo lingüístico sino también genérico y discursivo que garantice la no ambigüedad de los textos. Porque todos los distintos fenómenos de corrupción que Vives ha ido presentando conducen a textos polisémicos, equívocos, y él opera en cambio sobre un presupuesto fundamental: un significado único, una sola verdad.

Lengua única y verdad única. Ya no la lengua científica de la escolástica, que Vives no entendió, sino una sola lengua común y viva, capaz de conocer e interpretar los estadios de su propia historia y de hacer frente a cualquier contenido, por nuevo y maravilloso (y la época era pródiga en novedades y maravillas) que fuera. Pero sobre todo una lengua capaz de traducir la verdad y el orden racional del mundo. No es extraño que Vives, como Erasmo, soñase con el latín como lengua universal de cultura, entre otras razones importantes porque carecía de dialectos. Ese sueño partía de un ideal que se había convertido en imposible desde el castigo bíblico de Babel: “la lengua más perfecta de todas sería aquella cuyas voces significaran la naturaleza de las cosas”(574a). A falta de esa lengua divina e inmutable como el universo mismo, Vives escoge conscientemente el latín entre todas las demás lenguas y se esfuerza en crear los medios que fijen su pureza e impidan cualquier dialectización. Las relaciones con las lenguas vulgares estarán contempladas desde esta perspectiva. En la medida en que éstas se desarrollaron, el sueño se vio abocado al fracaso.

6.— Y así el ideal de unidad acaba enfrentándose con la dispersión lingüística, con la inevitable evolución de las lenguas, con los límites y las traiciones de la traducción, con el número, con la masificación, con la lectura rápida o parcial, con la demasiada abundancia de libros que nos va haciendo saltarnos la letra pequeña (esa verdadera erudición), con la sucesión de sectas e ideologías que reducen los textos a solos los pasajes que ellas subrayan.

Al margen del ideal, queda el valor de información que sobre nuestra propia manera de asimilación de la cultura se desprende de las reflexiones de Vives. Compartimos, o al menos hemos compartido, la cultura de los signos impresos que, como ellos, opera en términos de saber constantemente recupe-

rado, corregido, aumentado y olvidado. A Vives no le preocupaban los libros perdidos, no parecía creer en arcanos secretos irrecuperables. Para él parecía operarse una especie de selección natural en la que sólo sobreviven los mejores, es decir, aquellos textos capaces de aunar verdad y claridad: “la antigüedad, madre del olvido, paulatinamente borró los escritos de los otros [se refiere a los predecesores de Aristóteles] puesto que lo que escribieron estaba dicho poco eficazmente para ser aprendido y comprendido, hasta el punto que apenas se salvaron de la inexorable desaparición los mismos nombres de los autores que de sus aportaciones hicieron un montón informe, deslavado y confuso, sin ninguna gracia de arte”(361b). Pero lo cierto es que en el mundo que se abre ante Vives, la lectura o no de unos libros, la supervivencia o no de unos libros, se convierte en un hecho de la máxima importancia. El libro impreso se ha convertido además en un nuevo valor de prestigio. No es de extrañar que tuviera por verdaderas las historias de caballerías, por la sola razón de que andaban impresas, aquel ventero del Quijote. Libro que, por cierto, es también escrutinio y quema de libros. Como si toda gran obra hubiera de surgir necesariamente de la pérdida o la aniquilación de otros muchos libros antes.